



CARTA PASTORAL
J. LEONARDO LEMOS MONTANET
BISPO DE OURENSE

Carta para la Cuaresma 2026

FEBRERO 2026



CARTA PARA LA CUARESMA 2026

“Convertíos a mí de todo corazón, con ayunos (...), rasgad vuestros corazones (...) y convertíos al Señor vuestro Dios, un Dios compasivo y misericordioso” (Jl 2, 12)

Mis queridos hermanos y hermanas:

La Iglesia, como madre y maestra, preocupada siempre de sus hijos, aprovecha todas las ocasiones que se le ofrecen para invitarnos a la conversión, que es ese proceso que siempre nos “mantiene en forma” porque supone volver a Dios y a sus proyectos de vida sobre nosotros, y esa dinámica *renueva la “juventud” de nuestra existencia*, recordad el Salmo 43,4, que en la traducción de la Biblia Vulgata nos dice: “Me acercaré al altar de Dios, al Dios que *llena de alegría mi juventud*”¹. Pero no podemos olvidar que también es un tiempo propicio en el que el mismo Dios “se vuelve hacia nosotros” para ofrecernos la posibilidad de acoger, una vez más,

1 El Salmo 42 en la Vulgata dice así: “*Et introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat iuventutem meam*”. Este Salmo en la Biblia de la Conferencia Episcopal es el Salmo 43 y viene traducido: “*Me acercaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría*”

el don gratuito de la salvación (cf. Dt 4,29-31; 30,1-10; Os 14,2-4). Ese volver, que siempre es un aliciente divino para la renovación integral, también nos ayuda a acoger su gracia y a abrirnos al don de Dios de tal modo que ese encuentro con su Palabra y con los sacramentos transforme progresivamente nuestra existencia y haga resurgir la alegría, la libertad y el amor.

Este año, además, se nos está invitando a que nos convirtamos a una *espiritualidad sinodal* y a caminar juntos hacia la Pascua, sin quedarnos en disquisiciones o en “disputas bizantinas” a las que somos especialmente proclives, así como a palabras poco adecuadas, de las que nos habla el papa León XIV en su mensaje cuaresmal. Es necesario que nos comprometamos a vivir en clave eclesial, comunitaria, no individualista, que no perdamos nunca el verdadero horizonte cristiano que quiere que no construyamos muros contra los otros, ni tracemos fronteras, sino que al estilo del camino sinodal, nos abramos a la Palabra de Dios y a la escucha de los otros, porque ¡El otro tiene mucho que decirnos! Resulta muy comprometida la apuesta que nos ofrece León XIV al subrayar la clave comunitaria de la conversión cuaresmal, de tal modo que, dice él, *las parroquias, familias, grupos eclesiales y comunidades religiosas están llamadas a realizar en Cuaresma un camino compartido*.

La Liturgia, a través de los textos de la Palabra de Dios que saldrán a nuestro encuentro durante estos cuarenta días, nos irá acercando al verdadero espíritu de la

auténtica conversión, que es don de Dios. Estamos invitados a promover el discernimiento comunitario: ¡luchemos contra el individualismo y la autorreferencialidad! Y esforcémonos por vivir la corresponsabilidad pastoral, evitando el cerrarnos en “nuestras pastorales y dinámicas” que tantas veces nos llevan a correr el riesgo de plantearlas como las mejores y que en realidad nos llevan a galvanizarnos ante todo lo que sea pastoral de comunión, diocesana, arciprestal, etc. Además de todo esto, la Cuaresma en clave sinodal nos invita, necesariamente, a revisarnos más, no sólo personalmente, sino también comunitariamente, eclesialmente, etc. No podemos caer en la tentación de pensar que “todo está bien”, que como “siempre se hizo así” ¿por qué vamos a cambiarlo?²

Entendida la Cuaresma en este horizonte sinodal no podemos olvidarnos de que necesitamos abrirnos a los diferentes estilos de relación en la Iglesia. Una mayor apertura a todo aquello que respira dentro de esa matriz tan grande, propia de la *madre Católica*³ —así llamaba a la Iglesia san Agustín y otros escritores de los primeros siglos— es imprescindible para ir promoviendo prácticas de inclusión y cercanía, acortar distancias, salir al encuentro de aquellos que se acercan y tengamos la “valentía creativa” de abrirnos a nuevos recursos de pastoral, necesarios para salir a la búsqueda de la “oveja perdida” (Lc 15, 4-8), de los que han abandonado

2 Cf. EQUIPO SINODAL DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL, *Hacia una espiritualidad sinodal*, folleto nº 3, Madrid.

3 SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Lib. VI, cap. 3, nº 4; cap. 4, nº 5; Lib. VI, cap. 1, nº 1; Lib. IX, cap. 13, nº 37.

nuestra comunidad, de los que se quedaron al margen de la misma, de los olvidados en la “cuneta de la existencia” de este mundo individualista, o quizás aquellos que nunca llegaron a entrar en contacto con la fe cristiana y sólo poseen una caricatura de Jesucristo y de su Iglesia con la que se han encontrado en las plataformas mediáticas y digitales del momento.

Es importante cuidar los lenguajes, tanto aquellos de la liturgia como los de nuestra presencia física, aunque nos cueste. En la sociedad contemporánea tenemos que reconvertir algunas praxis pastorales y litúrgicas porque, en ocasiones, generan más rechazo que proximidad y en algunos fieles, además de causarles escándalo porque son almas sencillas, cuando participan en algunas de nuestras celebraciones autorreferenciales, rápidas, vividas con poco espíritu y mucho cumplimiento, con falta de delicadeza en el trato, tanto de las cosas santas como de las personas que frecuentan o aparecen por el templo, sufren un grave desencanto y se alejan, manifestando en ocasiones que han perdido esa fe sencilla y epidérmica que, por múltiples causas, no ha logrado echar raíces.

Si en este tiempo de Cuaresma nos dejamos ayudar, acogemos con sencillez y humildad la corrección que nos puedan hacer nuestros hermanos, si pedimos que se nos evalúe en el ejercicio de nuestro “ministerio”⁴, entonces seguro que hemos iniciado el camino de la

4 Aquí el concepto “ministerio” lo entendemos en sentido amplio; es decir, tanto el “ministerio bautismal” como el “ordenado”.

conversión personal que nos llevará de lleno a una pastoral renovadora y de santidad.

Con el fin de concretar más nuestro proyecto cuaresmal quisiera ofreceros esta reflexión sobre los tres grandes pilares cuaresmales o, quizás mejor, desearía insertar en los tres pilares del ejercicio cuaresmal lo que queda subrayado anteriormente. La primera praxis cuaresmal es siempre **la oración**. Esta es una asignatura de la que debemos examinarnos constantemente. La oración personal y comunitaria, la oración litúrgica, no son sólo disciplinas de la sabiduría cristiana sino que son el alma de toda conversión y el fundamento de todo apostolado que la Iglesia pone en nuestras manos. Son cauces imprescindibles para poder crecer en nuestro proyecto de santidad. Para lograr ese clima de oración es necesario apostar por una praxis que conlleve una invitación al silencio, tarea imprescindible y necesaria en un mundo tan ruidoso como el nuestro, en el cual a veces resulta imposible encontrar lugares para la oración sin que estén contaminados por el ruido, incluso de contenido espiritual. Es necesario el silencio para poder entrar a la **escucha de Aquel** que nos quiere hablar y que lo hace a través de su Palabra contemplada, de la Liturgia de las Horas y de la celebración de la Eucaristía. Es bueno recordar que el papa León XIV, en su mensaje cuaresmal de este año, nos invita a *dar espacio a la Palabra a través de la escucha, ya que la disposición a escuchar es el primer signo con el que se manifiesta el deseo de entrar en relación con el otro*. El Papa nos habla de que en la sociedad actual percibimos muchas voces que atraviesan nuestra

vida personal y comunitaria, de tal modo que lograr un clima de silencio interno y externo es imprescindible para acoger vivamente las *Sagradas Escrituras* de tal modo que nos hagan *capaces de reconocer la voz que clama desde el sufrimiento y la injusticia, para que no quede sin respuesta (...)* debemos *dejarnos instruir por Dios para escuchar como Él* el grito de los pobres y de las personas vulnerables que *interpela constantemente nuestra vida, nuestras sociedades, los sistemas políticos y económicos, y especialmente a la Iglesia*⁵.

Dentro de una auténtica existencia orante, a la que estamos invitados como cristianos, la centralidad la ocupa la Eucaristía, fuente y raíz de toda la actividad de la Iglesia, “oración de oraciones”. Estrechamente relacionada con ella está el Sacramento de la Reconciliación que sigue experimentando una fuerte crisis entre los pastores y los fieles, a pesar de las muchas llamadas que hemos recibido en los últimos años. Necesitamos cuidarlo más y vivirlo mejor. Si cuidar el Sacramento del Perdón es algo muy necesario a lo largo de toda nuestra existencia, mucho más se debe intensificar su vivencia durante la Cuaresma. Pero al hablar de este sacramento no podemos olvidar que es, prioritariamente, un sacramento Pascual y, desde esa perspectiva, tenemos que vivirlo y enseñarlo a vivir como “sacramento de la alegría”⁶. Las normas pastorales de la Iglesia para este tiempo cuaresmal nos recuerdan que *es muy conveniente que el Sa-*

5 Exhortación apostólica *Dilexit te*, nº 9.

6 PABLO VI, Exhortación apostólica *Gaudete in Domino* (1975), nº 52.

*cramento de la Penitencia se celebre según el Rito para reconciliar a varios penitentes con Confesión y Absolución individual, tal como se indica en el Ritual Romano*⁷. Los pastores estarán más disponibles para el ejercicio del Ministerio de la Reconciliación y darán facilidades para celebrar el Sacramento de la Penitencia⁸.

El segundo pilar cuaresmal es *el ayuno* que necesariamente debe ir más allá de lo alimentario, aunque el papa León XIV nos dice que *la abstinencia de alimento, en efecto, es un ejercicio ascético antiquísimo e insustituible en el camino de la conversión. Precisamente porque implica al cuerpo, hace más evidente aquello de lo que tenemos “hambre” y lo que consideramos esencial para nuestro sustento. Sirve, por tanto, para discernir y ordenar los “apetitos”, para mantener despiertos el hambre y la sed de justicia, sustrayéndola de la resignación, educarla para que se convierta en oración y responsabilidad hacia el prójimo (...) el ayuno debe incluir también formas de privación destinadas a hacernos adquirir un estilo de vida más sobrio, ya que «sólo la austeridad hace fuerte y auténtica la vida cristiana»*⁹.

Esta praxis constituye acciones concretas, aunque sean muy pequeñas y pasen desapercibidas a los demás, que nos disponen a la acogida de la Palabra de Dios, favorecen la oración y nos abren a las necesidades de los

7 Cf. *Ritual de la Penitencia*, nn. 70-72.

8 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Secretariado de la Comisión Episcopal para la Liturgia, *Calendario Litúrgico-Pastoral 2025-2026*, p. 105.

9 PABLO VI, Catequesis (8 de febrero de 1978).

hermanos. Por otra parte, ¿os habéis preguntado si acaso ayunar es no decir palabras innecesarias, maledicencias, comentarios que hieren y, de manera especial, suprimir de nuestras conversaciones las críticas destructivas que manchan nuestra vida y causan un incendio que destroza las comunidades y las enferma? Con respecto a este tema ha sido el Papa Francisco el que, con su lenguaje claro y directo, nos ha ayudado a descubrir el daño tan grande que el mal uso de la lengua, ejercicio tan común, causa en nuestra vida, en la vida de los demás y en la comunidad, generando un deterioro que a veces es irreparable y va deteriorando paulatinamente el rostro de la Iglesia¹⁰. Ya tenía escrita esta reflexión cuando me llegó el *Mensaje del Santo Padre León XIV para la Cuaresma 2026*, y en él me encontré con que nos dice: *Me gustaría invitarles a una forma de abstinencia muy concreta y a menudo poco apreciada, es decir, la de abstenerse de utilizar palabras que afectan y lastiman a nuestro prójimo. Empecemos a desarmar el lenguaje, renunciando a las palabras hirientes, al juicio inmediato, a hablar mal de quienes están ausentes y no pueden defenderse, a las calumnias. Esforcémonos, en*

10 Cf. Audiencia general del Papa Francisco, 20 de enero de 2021.

“Podemos hacer una verificación sobre nosotros mismos y preguntarnos si, en los lugares en los que vivimos, alimentamos la conflictividad o luchamos por hacer crecer la unidad con los instrumentos que Dios nos ha dado: la oración y el amor. Sin embargo, alimentar la conflictividad se hace con el chismorreio, siempre hablando mal de los otros. El chismorreio es el arma que el diablo tiene más a mano para dividir la comunidad cristiana, para dividir la familia, para dividir los amigos, para dividir siempre”.

cambio, por aprender a medir las palabras y a cultivar la amabilidad: en familia, entre amigos, en el lugar de trabajo, en las redes sociales, en los debates políticos, en los medios de comunicación y en las comunidades cristianas. Entonces, muchas palabras de odio darán paso a palabras de esperanza y paz.

11

Qué oportuna es esta invitación del Papa para esta Cuaresma sabiendo que el ayuno y la abstinencia son las dos caras de la misma moneda. Yo quisiera que a lo que ha dicho el Santo Padre añadiésemos todo ese campo apasionante del “ecosistema digital de comunicación” tan importante para ayudarnos en nuestras tareas personales, profesionales y pastorales, pero que también posee otro rostro que lo convierte en causa de muchos males, tanto en la vida personal, como familiar, profesional y espiritual. Luchemos por prescindir de algún uso de estos medios y experimentaremos un proceso liberador que generará en nuestras vidas paz y armonía psíquica y espiritual, ayudándonos a construir una personalidad plena y auténticamente liberada y liberadora. Seguro que os habéis planteado, más de una vez, dejar de usar con tanta frecuencia esas redes y plataformas digitales, que tienen esclavizadas a tantas personas, ser más sobrios en el uso de la televisión o de otros sistemas alternativos y, en su lugar, dedicar algo de ese tiempo en la lectura del Evangelio, de algún buen libro y de ponerse al día –por ejemplo– en las catequesis de los miércoles del Papa, que en las últimas semanas nos está ofreciendo unas síntesis muy interesantes sobre el Vaticano II.

Por último, nos encontramos con *la limosna*, que es tanto como decir el ejercicio activo de la caridad. Una persona orante posee la capacidad de estar a la escucha de la Palabra del Señor y en ese espacio santo descubrirá a Jesús en el rostro del otro, especialmente en el del más necesitado; de ahí que la oración, el ayuno y la abstinencia, bien vividos y pedagógicamente planteados son el cauce que nos abre a la generosidad y a descubrir que los bienes son para usarlos con dignidad y no debemos dejarnos esclavizar por ellos. Estar pendiente del poseer, del tener, del poder, termina por “metalizar” nuestra existencia; sin embargo, si dejamos que el ejercicio de la caridad, fruto de la conversión, modele nuestro comportamiento, entonces seremos capaces de abrir nuestro horizonte y descubrir las muchas necesidades que padecen nuestros hermanos e incluso las mismas instituciones de la Iglesia. No nos olvidemos de tener presente a los migrantes, abrámosles el corazón y estemos atentos a llevar a cabo una acogida delicada e inteligente de cada uno de ellos. La limosna bien vivida nos ayuda a ampliar nuestra mirada y darle esa profundidad que sólo conseguiremos si somos personas orantes y desprendidas, por eso, entre esos pobres no podemos olvidar que se encuentran tantas personas que viven solas, los ancianos que en ocasiones se sienten desvalidos y abandonados. Por otra parte, el ejercicio de la limosna debe hacerse no sólo con caridad sino con amor; si lo hacemos sólo por caridad podemos quedarnos emboscados tras las estructuras y la limosna se convierte en algo asistencial y nada más.

La limosna, cuando la hacemos bien, nos cura por dentro y nos libera. Os invito a que durante este tiempo os propongáis ayudar con alguna aportación a Cáritas, a colaborar con alguna obra material en vuestras parroquias que con ocasión de las últimas borrascas causaron en algunas de ellas muchos desperfectos; quisiera invitaros también a colaborar con el Seminario, a que “apadrinéis” la compra de libros para la actualización de la Biblioteca del Instituto Teológico “Divino Maestro”, entre otras iniciativas. Son tantas las posibilidades que se nos ofrecen y muchas las necesidades a las que debemos hacer frente que se convierten en un despertador de esa caridad que bien ejercida nos abre las puertas de esos cielos nuevos y de esa tierra nueva.

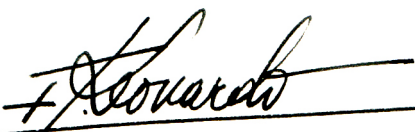
La Cuaresma vivida desde la fe nos lleva, no sólo a transformar nuestra vida sino que produce en nosotros una conversión auténtica que nos lanza a la misión. Por el Bautismo estamos llamados por el Señor para ir a los confines de la tierra y anunciar la Buena Nueva hasta el fin del mundo (cf. Mat. 28, 19-20; Mc 16, 15-20); un mundo que no tiene fronteras y que debe traducirse en obras concretas en nuestro vivir cotidiano. Es decir, la Cuaresma se debe percibir y notar en el ámbito personal, familiar, profesional, eclesial y también en la vida pública.

Finalmente, quisiera recordaros que la Cuaresma no tiene sentido en sí misma sino en cuanto que es un camino de preparación para la Pascua. Los ejercicios ascéticos de este tiempo, cuando los vivimos con auténtico espíritu de lucha, orientan nuestra vida y le dan

una amplia perspectiva y, así, podremos vivir la alegría de la Pascua y ser testigos de esperanza en el mundo.

Desde estas claves os invito a recorrer este tiempo fuerte en todos vuestros ambientes, os recomiendo que intensifiquéis –si cabe– la vivencia de la praxis cuaresmal dándole un sentido más comunitario, es decir, más sinodal. No sólo debemos hacer nuestro proyecto personal de Cuaresma, sino que mediante la “conversación en el Espíritu”, que estamos aprendiendo y llevando a cabo en todos nuestros encuentros, y a la luz de alguno de los textos que la liturgia cotidiana nos ofrece, construyamos, sinodalmente, un proyecto comunitario cuaresmal que afecte a vuestra parroquia, al grupo apostólico al que pertenecéis, a la comunidad y a la familia, a la Iglesia diocesana; si así lo hacéis, descubriréis que el dinamismo de la gracia de Dios, a través de pequeños gestos, nos transformará a cada uno y cambiará el ambiente en el que transcurre nuestra existencia creyente y hará de cada uno de nosotros testigos misioneros del Reino de Dios.

Se encomienda a vuestras oraciones y os bendice.


 J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

